Peter Singer

Ponencia pronunciada en la Jornada de Diálogo sobre el Carbón, Aquisgrán, 17.3.2018

Estimadas señoras y señores:

Antes de nada me gustaría agradecer muy cordialmente la invitación recibida.

No resulta obvio que en mi función de presidente del grupo del partido político La Izquierda en el Consejo Regional de Colonia se me invite a un acto como este.

Empezaré presentándome.

Me llamo Peter Singer, tengo 62 años, estoy casado, tengo una hija y me crié y vivo en el corazón de la Cuenca Renana del Lignito. Aquí me socialicé y politicé, y soy de izquierdas desde mi más temprana juventud.

De profesión empecé siendo oficial administrativo.

Presido el grupo de La Izquierda en el Consejo Regional de Colonia y soy miembro de la Comisión del Lignito de la Cuenca Renana.

Dos palabras sobre esos órganos, que probablemente sean poco conocidos para la mayor parte de la gente:

El Consejo Regional se puede entender, simplificando un tanto, como un órgano político radicado en el

Gobierno Provincial de Colonia cuyas competencias se extienden a todo el territorio de la provincia de Colonia, por tanto también a Aquisgrán.

Su principal función es establecer y, en su caso, revisar planes regionales. Esto significa que se ocupa de la

ordenación territorial a escala suprarregional, o, dicho de otro modo, que se dedica a planificar la utilización del territorio a escala suprarregional.

Para el tema de hoy es importante saber, por ejemplo, que el Consejo Regional sienta las bases de la planificación para la construcción de nuevas centrales térmicas de carbón (por ejemplo, para la prevista construcción de BoAplus, la nueva central de la gran empresa energética RWE en Bergheim Niederaußem).

La Comisión del Lignito se ocupa exclusivamente de las minas a cielo abierto de la Cuenca Renana. Aprueba el denominado “Plan del Lignito”. Actualmente se está ocupando de la modificación del Plan del Lignito para Garzweiler que ha resultado necesaria debido a la resolución de principio del anterior Gobierno del Estado federado de Renania del Norte-Westfalia. Volveré sobre eso más adelante.

Se me ha pedido que hable aquí sobre la necesaria transición social y ecológica que se precisa a causa del inevitable final de la extracción de lignito en la Cuenca Renana.

La importancia internacional del abandono del carbón la abordan aquí ponentes mucho más competentes que yo. Sin embargo, no estará de más prevenir cualquier malentendido.

El abandono del carbón en Renania, el abandono del carbón en Alemania, no pueden ni deben significar nunca importación de carbón. Acabar con las energías fósiles en Alemania y Europa significa acabar con las energías fósiles en todo el mundo.

Ahora me gustaría limitarme a proporcionar una visión de conjunto de a qué nos estamos refiriendo realmente en la Cuenca Renana cuando hablamos de lignito.

Que nadie se asuste: en el siguiente bosquejo histórico no voy a remontarme hasta la época en la que se formó el carbón.

Las primeras y pequeñas minas de carbón aparecieron a finales del s. XVII, en un primer momento solamente para la obtención de pigmentos.

A partir del s. XIX la extracción de carbón se fue industrializando progresivamente, desaparecieron minas pequeñas y surgieron otras cada vez más grandes en Brühl, Liblar, Hürth, Frechen, Bergheim, etc. Las últimas explotaciones a cielo abierto relativamente “pequeñas” cesaron su actividad a finales de los años ochenta y principios de los noventa.

La evolución ha ido de la extracción de mineral a pala, pasando por las excavadoras de cangilones, hasta llegar a las grandes máquinas que hoy conocemos.

En esa época se sitúan también los comienzos de la importante producción de briquetas como combustible doméstico, que llega hasta los años setenta. En la Cuenca había hasta bien dentro de esa década fábricas de briquetas por todas partes, solo en Frechen cuatro de ellas.

En el momento álgido de la fabricación de briquetas aquí no se podía tender la ropa sin que en seguida se pusiese negra por el polvo de carbón.

A finales del s. XIX se comenzó a generar electricidad con el lignito.

En el período de entreguerras la extracción de carbón aumentó vertiginosamente, también porque los nazis la utilizaron para preparar la Segunda Guerra Mundial. Las minas o fábricas, que hasta ese momento todavía eran en su mayor parte independientes, se fueron concentrando cada vez más, hasta que surgió el grupo empresarial Rheinbraun, del que todavía muchos nos acordamos, y como su sucesora RWE.

En el marco de la guerra también se utilizó lignito para la producción de carburantes con relativo éxito. En realidad no era rentable económicamente, pero en tiempos de guerra el ejército no podía prescindir de ella.

En los primeros años de la postguerra la principal función era suministrar a la gente combustible para calefacción.

Después, en creciente medida la generación de electricidad con el lignito se convirtió en el ramo económico más importante.

Hoy en día tenemos tres grandes minas a cielo abierto (Garzweiler, Hambach e Inden).

En ellas se extraen cada año aproximadamente 100 millones de toneladas de lignito, que en su mayor parte se emplean para producir electricidad.

Para extraer carbón es necesario trasladar a personas, es más, pueblos enteros.

Esos traslados, seguidos del reasentamiento en otro lugar, empezaron en los años treinta del siglo pasado. Hasta ahora han sido trasladadas aproximadamente 40.000 personas.

Un aspecto importante: la legislación aplicable a la minería que está en vigor actualmente es un invento de los nazis a fin de realizar los masivos traslados de personas necesarios a causa de las cada vez más grandes minas a cielo abierto. Hoy en día para realizar esos traslados —llegado el caso, mediante expropiaciones forzosas— se necesita una denominada “resolución de principio” del Gobierno de nuestro Estado federado que certifique la necesidad desde el punto de vista de la política energética de la generación de electricidad con el lignito.

Hace dos años hemos tenido una nueva resolución de principio, todavía del anterior Gobierno de coalición de socialdemócratas y verdes. La opinión pública se ha quedado de ella con la mínima reducción de la mina a cielo abierto de Garzweiler. Sin embargo, se olvida con demasiada facilidad que mediante esa resolución de principio la mina de Inden queda blindada hasta 2030 (en esa fecha estará ya agotada) y las de Hambach y Garzweiler hasta 2045 e incluso posteriormente. Según él mismo ha manifestado, el nuevo Gobierno de cristianodemócratas y liberales no va a cambiar nada en esa decisión.

Hoy estamos —según ya hemos dicho— ante tres minas a cielo abierto con tres grandes centrales, Neurath, Niederaußem y Weisweiler, con aproximadamente 10.000 megavatios de potencia.

Además existen diversas centrales pequeñas, por regla general destinadas al autosuministro de electricidad para las minas e instalaciones industriales de RWE.

En la planta de mi ciudad natal, Frechen, todavía se producen briquetas en una cantidad significativa.

RWE también se dedica, y en medida creciente, a la utilización de lignito como materia prima (por ejemplo, para la producción de plásticos). Sobre ese particular haría falta una ponencia específica, pero no tenemos tiempo. La obtención de energía alternativa desempeña en RWE un papel pequeñísimo (claramente por debajo del 5% de la cifra de negocios, y en su mayor parte se genera con centrales hidroeléctricas de más de 100 años de antigüedad).

Aunque quizá no sea necesario mencionarlo en esta sala, me gustaría dedicar unas palabras, sin embargo, a la cuestión de por qué el abandono del carbón está forzosamente en el orden del día.

Precisamente a escala internacional hay que rectificar aquí unos cuantos errores. A mi modo de ver, el innegable cambio climático no es solo un problema medioambiental meramente técnico. Se trata de uno de los desafíos ético-políticos centrales de nuestra época. El cambio climático amenaza los medios de vida de millones de personas. Conduce a cada vez más pobreza, a cada vez más refugiados, y, en consecuencia, a cada vez más conflictos y al aumento de las tendencias nacionalistas en nuestras sociedades.

Pues bien: precisamente el carbón es uno de los principales culpables de ese cambio climático.

El cambio climático es un problema de justicia. No en vano quienes más lo sufren son las zonas geográficas y los grupos de población que tienen menos responsabilidad de que exista. Es necesario frenar eficazmente el cambio climático y, desde luego, es preciso hacerlo de tal modo que la mayor parte de la carga que ello comporte pese sobre quienes son sus principales causantes.

Y a uno de sus principales causantes lo tenemos aquí, en la Cuenca Renana del Lignito. Y por ello es nuestra tarea preocuparnos de que aquí se ponga fin al lignito.

Mi tema es la Cuenca Renana y, especialmente, una transición social y ecológica, o, lo que es lo mismo, el abandono del lignito en Renania del Norte-Westfalia.

Precisamente como persona de izquierdas dedico especial atención al componente “social“.

Cuando se habla de una transición social y ecológica hay que hablar forzosamente de puestos de trabajo.

Antes de nada, unas cuantas cifras:

RWE misma indica que en la Cuenca Renana trabajan actualmente en el carbón y en la generación de electricidad a partir de él 8.000 personas. Aunque es muy difícil comprobar si esas cifras son realmente correctas, doy por buenas las mencionadas por RWE también en lo que respecta a los puestos de trabajo afectados indirectamente.

En ese apartado se puede sumar con bastante “buena voluntad” el mismo número de trabajadores, con lo que llegamos a aproximadamente 16.000 puestos de trabajo.

En La Izquierda nos hemos tomado la molestia de, partiendo de un estudio, calcular el número de puestos de trabajo del distrito de Rin-Erft, situado en el centro de la Cuenca, dependientes de la minería y ponerlo en relación con el número de trabajadores total.

El resultado ha sido el siguiente: allí hay 125.000 puestos de trabajo con alta obligatoria en la seguridad social, de ellos aproximadamente 6.000 directa o indirectamente en la generación de energías fósiles. Así pues, estamos hablando concretamente de que alrededor del 5% de los puestos de trabajo de la Cuenca desaparecerán cuando se cierren las minas a cielo abierto o se deje de obtener electricidad quemando lignito. Ahí no se han tenido en cuenta los puestos de trabajo que ineludiblemente se necesitarán todavía durante décadas para subsanar los daños consecuenciales de la minería.

Pongamos todo esto en el contexto de Alemania en su conjunto: la parte que corresponde a los trabajadores del lignito dentro del número total de trabajadores con alta obligatoria en la seguridad social está tanto a escala nacional como a escala del Estado federado de Renania del Norte-Westfalia en el rango de las milésimas.

En comparación con la hulla el abandono del lignito en condiciones socialmente tolerables plantea un desafío relativamente pequeño. Solo en el sector de la hulla estaban empleados alrededor del año 2000 todavía más de 60.000 mineros. Ese mismo año se cerró la última mina. El 40% de los trabajadores de la Cuenca Renana tenían en 2011 50 años de edad y en su mayor parte se irán jubilando hasta 2021 en un marco socialmente tolerable.

También ese es, así pues, un problema perfectamente solucionable. Por lo demás, una parte de los actuales puestos de trabajo del lignito se conservarán incluso sin las minas a cielo abierto, porque se necesitarán para la rehabilitación ambiental y para la gestión geológica e hidrológica de las denominadas “comarcas postminería”.

Les pido por favor que no malinterpreten lo que acabo de decir. Como es obvio, se sigue tratando de un elevado número, y detrás de cada puesto de trabajo hay una persona. El número es alto, pero no tan alto como quiere hacernos creer el *lobby* del carbón con las horribles cifras que pronostica. Lo único que afirmo es que en este punto una política racional y orientada al futuro puede y tiene que llegar a una solución. En efecto: a causa de las enormes emisiones de CO2 que comporta la obtención de energías fósiles, su suerte está echada y su final es ineludible. En realidad, ya no se discute acerca de “si” este se producirá, sino solo acerca de “cuándo” tendrá lugar. Está claro que se trata de un sector moribundo.

Creo que precisamente por esa razón es necesario poner en marcha el cambio estructural lo antes posible. Me tomo muy en serio los miedos y preocupaciones de los compañeros que trabajan en RWE.

La justicia climática también significa no dejar a los trabajadores del sector abandonados a su destino.

En realidad, la transformación ya ha empezado. Durante los 20 últimos años RWE ha eliminado puestos de trabajo a gran escala: ha reducido su número a la mitad.

Todo eso no ha tenido nada que ver con la transición energética, la protección del clima o una transformación social y ecológica, sino que ha estado únicamente al servicio de la racionalización y, por tanto, de la maximización del beneficio.

A miles y miles de personas se las ha enviado a la jubilación anticipada. En ocasiones, ya a los 51 años. Todo eso, pagado por los consumidores de electricidad, pagado con impuestos, pagado por la sociedad en su conjunto a través de la prestación por desempleo. Todo eso ha tenido lugar sin hacer ruido. ¿Y la continuación de ese proceso de desmontaje va a ser un gigantesco problema?

¿Cómo se pone en práctica una transición social y ecológica?

Para empezar: hasta ahora, jamás ha sido positivo para las personas y las zonas geográficas afectadas mantener en vida artificialmente un sector económico moribundo.

Tampoco debemos darles falsas esperanzas a los compañeros de RWE. Serán ellos quienes al final tengan que pagar la factura si todo el edificio se viene abajo por razones económicas ineludibles.

La conclusión lógica es esta: un cambio estructural inmediato, lo que a mi modo de ver no significa “mañana mismo cerramos las centrales”.

Un cambio estructural no se consigue con el enésimo centro logístico o poniendo un teleférico hasta la cima de la colina de Sophienhöhe, o con tonterías semejantes.

En la Cuenca Renana la dependencia del carbón no es tan grande como se afirma. Creo haberlo demostrado con lo que he dicho acerca del número de puestos de trabajo.

Pero el poderoso *lobby* del carbón trata de presentar las cosas de otra manera. Si hacemos caso a RWE y a diversos agentes políticos y económicos la zona está ante su total ruina si se sale del lignito. Esto es, obviamente, un completo disparate.

La mayor parte de la creación de valor de esta zona, con mucha diferencia, no procede del lignito, sino de otras tecnologías y servicios.

Sin embargo, hay que tomar medidas preventivas.

El Estado central, el Estado federado, la provincia y los ayuntamientos, sin olvidarnos en absoluto de RWE, tienen que invertir el dinero necesario para crear puestos de trabajo sustitutivos, destinados no tanto a los actuales trabajadores cuanto a las generaciones futuras.

Como persona de izquierdas que soy, no me gusta hablar de “mercado”, por la sencilla razón de que el mercado no lo soluciona todo. Pero precisamente en el mercado de la obtención de energías alternativas y de la tecnología de almacenamiento las posibilidades son casi ilimitadas.

Dicho un tanto provocadoramente: si el sol le perteneciese a RWE, hace ya mucho tiempo que tendríamos una solución para todos los problemas de energía.

Nuestro planteamiento de soluciones para una transición social y ecológica empieza por una ley de abandono del carbón.

En la cámara baja del Parlamento alemán, el *Bundestag*, ya hemos emprendido algunas iniciativas a ello dirigidas, aunque lamentablemente hasta ahora han fracasado. Sin embargo, otros están haciendo suyas nuestras propuestas en medida creciente. Actualmente vemos, no obstante, que es probable que precisamente el reciente Gobierno federal dé un frenazo al abandono del carbón. Este Gobierno relativiza de hecho los objetivos de protección del clima, pues es bien sabedor de que sin el abandono del lignito no se lograrán los objetivos de los que se ha venido hablando hasta ahora. El *lobby* del carbón está muy ufano con ese triunfo.

Hay que admitir que si se hubiese llegado a una coalición gubernamental entre cristianodemócratas, liberales y verdes probablemente habríamos dado un pequeño paso hacia delante.

Nosotros concebimos un plan vinculante de abandono del carbón y de cierre de las centrales similar al abandono de la energía nuclear.

En nuestro escenario el abandono comienza inmediatamente con un plan de cierre de bloques de centrales que prevea períodos concretos de funcionamiento o cantidades de electricidad concretas para cada bloque hasta su cierre en función de sus características específicas. Los reactores más antiguos se cerrarían en seguida. El último se desconectaría de la red en 2035. Esto significa que en 2035 estaría terminado el abandono. Se prohibiría la construcción de nuevas centrales de carbón y la apertura de nuevas minas a cielo abierto. Muy importante: no se pagarían primas por el cierre de bloques de centrales.

El progresivo abandono debe ir acompañado por medidas de política laboral, económica y social, teniendo muy presente de manera efectiva el parecer de los representantes de los trabajadores *in situ* y de la zona geográfica afectada. Desde el punto de vista financiero este proceso ha de estar cubierto mediante un “fondo de cambio estructural para el abandono del carbón” del Estado central con una dotación de 250 millones de euros anuales. Ese fondo deberá ir destinado a los trabajadores y zonas geográficas afectados por el cambio estructural producido a consecuencia del abandono.

También el Estado federado y RWE deberán poner dinero: por ejemplo, mediante un fondo financiado por RWE para afrontar los pasivos ambientales a largo plazo de la extracción de lignito, que aquí todavía no existe, a diferencia de lo que sucede en el caso de la hulla.

Todo ello está formulado en una propuesta de ley. El texto completo no lo puedo presentar aquí, ya que es demasiado largo, pero se puede consultar en la página *web* de nuestro grupo parlamentario en el

*Bundestag*.

Si estas propuestas se llevasen a la práctica tendríamos el instrumento fundamental para una transformación social y ecológica.

Sé que desde otros lados se han diseñado escenarios más cortos, pero también más largos. Hay quien exige un final inmediato, mientras que otros lo sitúan en 2030, 2040 o 2045.

Todo eso se puede y se debe debatir. Lo único indiscutible es que hay que empezar de una vez.

Y, sin duda, hay que reflexionar acerca de si no tendremos que cambiar también nuestro modelo de economía y nuestra forma de vida. Cerrar los ojos y limitarse a tirar hacia delante, como hacen algunos compañeros de los sindicatos, lleva en la dirección equivocada.

El dinero necesario para un cambio estructural y un abandono del lignito en Alemania en condiciones socialmente tolerables existe; lo único que hay que hacer es dirigirlo por los cauces correctos.

Está claro que el cambio estructural no se conseguirá si nos dedicamos a hacer todas nuestras compras en Amazon, a matarnos a trabajar por un exiguo salario en centros de logística, a transportar mercancías sin sentido de un lado para otro y a convertirnos todos en “proveedores de servicios”, sin que nadie produzca ya nada.

Pero también el tipo de producción hay que pensárselo bien.

¿Ha de girar todo únicamente en torno a la maximización del beneficio, sin tener en cuenta el medio ambiente, los seres humanos y los animales?

Sin duda que no.

No lo olvidemos: ¡en un planeta muerto no hay puestos de trabajo!

Muchas gracias por su atención.